

—Vaya por Dios, dijo Teresa, mirando á la jóven con descaro: te vas haciendo muy gazmoña, y tienes ya bastantes años para no asustarte de las gentes, de los duendes ni de los diablos.

—Apártese V. de mí, señora.

—Ahora me rechazas y otras veces me has buscado con tanto empeño, con un extraordinario afán.

—Otras veces ¡Dios mio, dadme fuerzas para no matar á esta muger! ¡Otras veces, hay! ¡cuántos tormentos me han costado esas entrevistas! ¡cuántas noches de no dormir: cuántas mañanas de llorar!

—Buscabas la verdad en la ciencia, y la ciencia te respondia....

—Calle V. La ciencia, la verdad, todo ha sido infame comedia, todo ficcion, todo mentira.

—Como si te dijera ahora que vas en busca de Manuel.

—Es muy fácil adivinarlo. El es el alma de mi alma, mi gloria, mi esperanza, mi vida: yo no puedo vivir sin él y es muy natural que le busque.

—¿Deseas encontrarlo, Dolores?

—Con tanto afán, con tanto anhelo, que perdonaria á V. una y mil veces todo el daño que me ha causado si me dijera en donde está.

La vieja dió una careajada, Dolores la miró friamente, y con furor reconcentrado mas terrible, la dijo:

—¿V. quiere morir?

—Por qué has de matarme, Dolores, cuando estoy dispuesta á complacerte.

—¿En dónde está Manuel?

—Está en la plazuela de Palacio.

No necesitó oír mas Dolores, y volviendo la espalda á la vieja se encaminó á todo correr hácia la plazuela de Palacio. A pesar de la confusion que reinaba en aquellos momentos, tales empellones y codazos iba repartiendo la jóven que muchos la tenian por loca y la apostrofaban á su paso con palabras no bien sonantes. Asi bajó las Platerías y la calle de la Almudena, llegando en muy pocos instantes bajo el arco de la Armería, entonces las dificultades crecieron en grande manera. La muchedumbre allí agolpada la cerraba el paso enteramente, y en tan singular confusion le era imposible descubrir al que con tanto afan buscaba. No desmayó por este obstáculo, dió empujones y codeó con mas violencia que hasta entonces; logró abrirse un estrecho paso por entre aquella muralla viviente y llegar á un sillar de piedra que ocupaban unos muchachos. Subiéndose en aquel sillar podia descubrir de una ojeada la mayor parte de la plaza y en-

contrar en ella á Manuel. Animada con esta esperanza rogó á los muchachos la dejasen ocupar un puesto en el sitio; pero aquellos se hicieron los sordos ó murmuraron entre dientes. Dolores sacó unas monedas y se las presentó; tampoco hicieron caso los muchachos: entonces frenética de ira al ver contrariado su proyecto, los empujó con tal violencia, que rodaron la mayor parte, dejándola cómodo lugar en aquella sólida atalaya.

Anhelaba tanto encontrar al que buscaba tiempo hacía, que sus miradas indecisas no se paraban en ningún objeto, queriendo descubrirlos todos. Este afán la hubiera impedido encontrar á Manuel; pero al fin logró serenarse algún tanto, y á treinta pasos de distancia descubrió un grupo en el centro del cual hablaba el buen mozo con calor. A su vista sintió Dolores un estrechimiento involuntario y sus ojos se oscurecieron con dulces lágrimas de placer. Quedó estasiada contemplándolo, como una madre que ve en la cuna al ídolo de sus amores, y quiere adivinar los sueños que dan motivo á sus sonrisas; el éxtasis debía pasar, como todo placer mundano, dejando su puesto al dolor.

Al mismo tiempo que Dolores entraba en la plazuela de Palacio por el arco de la Armería, llegaban por la plaza de Oriente el batallón y

las dos piezas que habia destacado Murat: el pueblo los via aproximarse sin hostilizarlos ni temerlos, porque no habia ningun plan dispuesto de resistencia ni de ataque; pero al llegar la tropa al paraje de la numerosa reunion, sin prévio motivo ni advertencia hizo una descarga cerrada sobre los grupos indefensos, deramando sangre inocente por el placer de deramarla y gozándose, como el tigre, en las convulsiones de su víctima.

El estruendo de la descarga sacó á Dolores de su éstasis, cerró los ojos espantada, y al abrirlos no vió á su amante en cuyo grupo habian caido crecido número de balas.

—¡Manuel, Manuel! gritó la jóven con voz enérjica y doliente; y otras cien voces mas robustas gritaron con furor.

—¡Venganza!!!



CAPITULO XXVII.

La Puerta del Sol.

El brusco é inmotivado ataque dado por las tropas francesas al valiente pueblo de Madrid en la plazuela de Palacio produjo una pronta dispersion y con ella un levantamiento que debia figurar con gloria entre los fastos de la villa. No tenian miedo á los franceses los que huyeron al estruendo de la descarga; pero se hallaban desarmados, y querian perdiendo sus vidas disminuir algun tanto el número de los enemigos de su patria. Con este anhelo y esta idea corrieron á armarse todos ellos y á estender al punto la alarma por to-

dos los barrios de la villa. Mas antes que esto sucediese tenia lugar uno de los hechos parciales que prueban bien la disposicion de los ánimos, y la sensacion profunda que habian causado los desafueros de Murat.

Don Tomás García Vicente, (1) hombre de

(1) Habiendo creido conveniente acercarnos á este caballero hoy brigadier, hemos sabido de su boca algunas de las particularidades que referimos en su lugar. Nos ha asegurado formalmente que la resistencia del Dos de Mayo tuvo principio en la Puerta del Sol, y nos ha repetido testualmente las líneas que siguen de la introduccion de su memoria.

«Adjuntas van las pruebas de la perversidad de que soy víctima desde el inolvidable Dos de Mayo de 1808; desde ese día, gloriosamente histórico, en el que secundando por otros diez verdaderos patriotas, levaté un grito de resistencia Santa contra el usurpador de Europa en la misma Puerta del Sol, acometiendo á dos soldados mamelucos que del Retiro bajaban con un pliego para Murat. Y aqui corregiré de paso la equivocada especie vertida por el conde de Toreno en su obra de la revolucion, que supone haberse dado el primer grito en la Plazuela de Palacio contra lo que vieron nuestros ojos y los de la corte toda: contra la tradicion y la esperiencia; si bien es de presumir que el historiador ministro lo estampó de oidas, pues aunque presente á la sazón en Madrid, no correria los inminentes riesgos á que yo me espuse.»

Estas palabras del señor Garcia nos han hecho consultar con varios testigos presenciales y releer con mucha atencion al mencionado historiador: las disposiciones de los unos y las palabras del señor conde de Toreno, nos han hecho ver que el señor Garcia al refutarlo, mas ha atendido á su deseo de reclamar la grande parte de gloria que le corresponde por los servicios que ha prestado, que ha dejar triunfante la razon: por lo demas pueden hermanarse sus pretensiones con lo que el historiador cuenta, pues aunque la indignacion popular se manifestó cumplidamente en la Plazuela de Palacio no hubo resistencia de ningun género, y esta pudo tener origen en la Puerta del Sol. Reconocemos los grandes servicios prestados por el señor Garcia Vicente, y por lo mismo hacemos de él esta particular meucion.

carácter enérgico y de acendrado patriotismo se encontraba en la Puerta del Sol con una decena de hombres tan decididos como él, tan patriotas y tan valientes. Habían presenciado algunos de ellos el atentado cometido por los soldados del opresor en la plazuela de Palacio y anhelaban tomar venganza, como la furiosa leona de quien le roba sus cachorros. Discurrían sobre el mejor medio de hostilizar al enemigo, cuando vieron bajar á escape por la Carrera de San Gerónimo á dos soldados mamelucos. Uno de ellos conducía un pliego, y notándolo el Garcia Vicente dijo alegremente.

—Camaradas, aquel mameluco trae un pliego, para el gran duque de Berg sin duda, no los dejemos pasar adelante y quizás tendremos noticias de grande interés.

Esta idea pareció magnífica á todos y se dispusieron á plantearla con un verdadero entusiasmo. Era necesario elegir el parage mas á propósito, y de comun consentimiento señalaron la parte de la Puerta del Sol contigua á la calle de Preciados. Los mamelucos se adelantaban hácia la calle del Arenal sin temor alguno ni recelo, cuando se vieron rodeados por once paisanos con puñales, que les demandaban el pliego. Grande sorpresa les causó petición tan inesperada; se dispu-

sieron á resistir, pero viéndose estrechados y que apenas podían revolverse, echó pié á tierra el conductor y entregó el pliego á los patriotas. Creyó obedeciendo de este modo poner á salvo su existencia, pero la punta de un puñal se abrió paso por entre sus costillas y le traspasó el corazón.

—¿Qué habeis hecho? gritó Garcia, viendo al mameluco caer.

—Este mameluco, replicó un jóven de diez y nueve años no cumplidos y de baronil continente, asesinó á mi anciano padre, y deshonró á mi hermana, señores: he pedido justicia al gran duque y no ha hecho caso de mis quejas; no encontré quien me hiciera justicia y la he tomado por mi mano.

El mameluco que quedó montado aprovechó la distraccion producida por aquella muerte, y volviendo riendas al caballo tomó la calle de la Montera, siguiéndole Garcia Vicente con algun otro compañero. La alarma crecia por instantes y á la vista del mameluco arrojaban todos los vecinos muebles y cantos sobre él. En su carrera encontró al paso á un hombre inofensivo, y disparándole una pistola le dejó en el suelo sin vida. Cerca de la Red de San Luis encontró tambien una anciana, y por el solo placer de vengarse la dividió de un golpe de sable la cana cabeza

del tronco. Estos dos actos de barbárie irriban terriblemente á cuantas personas los veian, y á cada instante se aumentaban los perseguidores del soldado: acosado de mil maneras siguió la calle de Hortaleza, pero al aproximarse á la puerta de Santa Bárbara, un paisano que venia armado con una escopeta le asestó y el mameluco vino al suelo.

Mientras pasaba este episodio habia ido cundiendo la alarma á todos los barrios de Madrid: sus ofendidos habitantes corrian de tropel á las armas, y á falta de buenas hacian uso de las enmohecidas y rotas (1). Estas numerosas falanges se armaban con toda la fé de los caballeros cruzados; y si no podemos decir de aquellos con el Tasso: *Chi il gran sepolcro liberó di Cristo*, tambien podemos decir de estos que iban á defender sus hogares, la religion de sus mayores y la corona de sus monarcas. Al lanzarse asi á la pelea iban todos

(1) El general francés alojado en casa del duque de Medinaceli, al primer ruido de alarma envió á un mameluco con órden de que recorriera la manzara. Quiso el soldado eumplir la órden, pero cuando llegó á la calle de Cervantes floviaian tantos muebles sobre él que completamente aturdido no sabia que partido tomar. Con esta confusion de ideas tiró de las riendas al caballo; pero como no cesaban de acosarlo resolvió volverse sin desempeñar su cometido. Empeñó su retirada, pero se encontró á lo mejor con el célebre Isidoro Maiquez, que armado de un largo espadon de teatro le mandó rendirse: el musulman no creyó prudente medir su espada con la de Oscar ó la de Otelo y entregó su acero al gran trájico.

ellos animados de los mas nobles sentimientos y tenian el mérito singularísimo de no combatir por el premio que podian alcanzar triunfando. Se desprendian llenos de júbilo de los brazos de las esposas; que intentaban en vano detenerlos, daban el último ósculo á sus hijos sin derramar una sola lágrima, repitiendo con Guzman el Bueno, *primero fui buen español que padre*, y daban un alegre adios á sus amadas con la misma tranquilidad que si marchasen á una fiesta. Su sacrificio era voluntario: no estaban comprados con oro ni acudian á la voz de gefes que debieran acudirlos. Sin mas voz que la de la patria, sin mas estímulo que ganarse una ignorada sepultura, corrian al encuentro del peligro, como los héroes de Sagunto al de las inmensas hogueras para no sujetarse al yugo del orgulloso cartaginés.

Esta muchedumbre briosa y tan estrañamente armada, acudió á la Puerta del Sol, pobló las calles de las Carretas, Mayor, Montera y Alcalá, estendiéndose por varios puntos como un rio que sale de madre, y esterminando á cuantos franceses tenian la osadía de resistirla, pues con los que deponian las armas mostraba la generosidad innata en corazones castellanos.

Atemorizados los franceses con tan general alzamiento y con tan brava acometida no

osaron tomar la ofensiva hasta reconcentrar sus fuerzas, y el gran duque de Berg y Cleves, acompañado del mariscal Moncey y de varios otros generales, se colocó fuera de puertas en lo alto de la cuesta de San Vicente, para estar mas desembarazado y comunicar mejor sus órdenes á las tropas acantonadas que marchaban sobre Madrid. Los inespertos madrileños creían asegurado su triunfo, que únicamente consistía en haber detenido la marcha del adorado y tierno infante, y se daban el parabien, sin sospechar la cruel matanza que les preparaba Murat. Manuel, aunque ligeramente herido en la Plazuela de Palacio, no procuró tomar descanso ni vendar siquiera su herida, y llegó á la Puerta del Sol muy pocos momentos despues de la muerte del mameluco. El buen mozo era respetado de todos los perdonavidas, y le recibieron con júbilo, porque veían en él un refuerzo de mas que mediana importancia: formaron corro á su alrededor, y lo condujeron como en triunfo á donde yacia el mameluco.

—¿Quién lo ha matado? preguntó Manuel, con su voz robusta y metálica.

—Yo: dijo el jóven adelantándose con ademán firme y resuelto.

—Has hecho mal.

—¿He hecho mal, Manuel?

—Era un hombre solo y rendido.

—¿No sabes, Manuel que ese hombre deshonró á mi jóven hermana y asesinó á mi anciano padre?

—Si le hubieras muerto en otro dia y en otro parage, tu venganza hubiera sido noble y justa, pero ahora, lo repito, has hecho mal.

El mancebo bajó los ojos y fué á confundirse entre los grupos.

El bullicio se iba aumentando y sonaban tiros aislados y en encontradas direcciones. Manuel contemplaba fijamente al mameluco asesinado y no contestaba muchas veces á las preguntas de sus amigos: uno de ellos le tocó en el hombro y le dijo.

—Manuel, ¿qué hacemos?

—Esperad: replicó el buen mozo, y miró de nuevo el cadáver.

—¿No oyes los tiros?

—Sí, mas suenan en encontradas direcciones.

—¿No ves este pueblo, que crece como las olas de la mar?

—Lo veo y me causa mucho placer ver su patriótico entusiasmo.

—Ponte á nuestra cabeza, Manuel, y todos seguiremos tus pasos.

—¿A dónde os llevaré, señores?

—A cualquiera parte.

—Es inútil. ¿Para qué estamos congregados?

Me parece que para nada. ¿Cuál es nuestro objeto? Lo ignoro. Esta mañana nos reunimos en la Plazuela de Palacio para oponernos á la salida de ese niño infante de España. Lloraba por no abandonarnos y hemos impedido su marcha: nuestra mision está cumplida.

—¿Qué opinas, Manuel, en ese caso?

—Que nos retiremos, señores.

—Retirarnos, dijo Duradin, haciendo inauditos esfuerzos para hacer oír su voz de tiple entre aquellas voces robustas. ¡Retirarnos despues de lo hecho! Cuánto mejor será que atacemos el palacio del gran duque de Berg.

Numerosos aplausos cubrieron la propuesta de Duradin, y el grupo dió una gran oleada como decidido á emprenderla: el buen mozo impuso silencio con un ademan imperioso, y preguntó con voz tonante:

—¿Quién ha dado ese mal consejo?

Nadie respondió, pues Duradin se habia marchado en el instante.

—¿Quién ha dado ese mal consejo? preguntó de nuevo Manuel.

—No lo se, le replicó entonces su primer interlocutor: pero no me parece malo ni digno de echarlo en olvido.

—¿Tú lo sostienes?

—¡Voto al diablo! que tienes gana de ca-

morra. Yo doy mi opinion llanamente, si te parece bien conformes, y si no, no encuentro motivo para que tengamos pendencia.

—El que ha dado ese mal consejo es sin la menor duda, señores, un emisarso de Murat.

—¿De veras?

Lo juro, señores, por la santa virgen de Atocha.

—¿En dónde está? exclamaron todos.

—No le busqueis, ya se habrá ido: y en esto teneis una prueba de que me sobra la razon. Ademas las daré mayores: el gran duque de Berg se halla fuera de la puerta de San Vicente, rodeado de sus generales, de un regimiento de fusileros de la guardia y de varias piezas.

—Vamos allá.

—Deteneos, señores, deteneos. El gran duque de Berg desea vernos reunidos en un punto para diezmarnos á metralla. ¿Qué podemos oponer nosotros á los sables de sus dragones? Pechos desnudos nada mas. Corazones laten en ellos muy valientes, pero el acero no se embota en la cavidad de un corazon.

—Todos estamos decididos á morir.

—Lo sé, compañeros; pero perdamos nuestras vidas con mas provecho de la patria. Nuestra situacion es demasiado crítica para poder continuar; una violenta sacudida debe seguirse sin remedio al letargo que nos abruma, y

¡ay! de las águilas impérimles cuando se des-
pierte el Leon.

—¿Tienes miedo, Manuel?

—¿Qué has dicho? ¡Tener yo miedo á los franceses! Vamos al palacio de Murat, á su campamento, á París! ¿Qué me importa perder la vida? La he conservado con violencia para vosotros, amigos; si creéis que ya debo perderla, cúmplase vuestra voluntad.

Los ojos de Manuel brillaban con una mezcla singular de noble orgullo y de ternera: tenía tristes presentimientos, pero repitió con voz firme.

—Vamos al palacio de Murat.

Iba á dar el ejemplo Manuel encaminándose el primero, pero le cortaron el paso unas violentas oleadas en encontradas direcciones, percibiéndose al mismo tiempo un confuso ruido de cureñas, de caballos y detonaciones, y pocos momentos despues los disparos de la artillería, que abrieron ancha brecha en las cerradas filas del pueblo.

—¡Ya se cumplió mi vaticinio! exclamó Manuel con voz sorda.

—Teneis razon le respondieron.

Con efecto, habían llegado ya los franceses de sus cantones; y el gran duque de Berg mandó se procediera al rudo ataque que había resuelto de antemano. La mayor parte de las tro-

pas que ocupaban la capital estaban alojadas en los cuarteles del Retiro y otras muchas de los cantones entraron por la suntuosa puerta de Alcalá. Teniendo en cuenta el lugar-teniente la respectiva posición de sus numerosas brigadas, y estando informado al mismo tiempo de que la mayor parte del pueblo se reunía en la Puerta de Sol, dispuso que la principal acometida se diese por la Carrera de San Gerónimo y la ancha calle de Alcalá. En cumplimiento de sus órdenes dos gruesas columnas bajo el mando de los generales de brigada Dubrai y Guillot, precedidas de la guardia imperial de á caballo á las órdenes del jefe de escuadrón Dumesnil, de lanceros polacos, mamelucos y de muchas piezas rodadas.

A los disparos de la artillería se siguió una sangrienta carga, que encontrando por todo obstáculo pechos desnudos, como había dicho Manuel poco antes, arrolló á las masas inermes, persiguiéndolas en varios sentidos. A pesar de la gran ventaja que tenían las tropas francesas por su organización y número, los pocos paisanos armados no dieron muestras de temor y acometieron bravamente á sus furibundos contrarios. Estos bizarros adalides fueron poderosamente auxiliados por los vecinos, que arrojaban sus mejores muebles sobre los soldados franceses, disparándoles algunos

tiros desde los tragaluces de las cuevas, é incomodándolos por cuantos medios les inspiraba el justo encono y una lejitima defensa (1). Infructuosos debian ser entonces tan desinteresados sacrificios. Mientras una parte del pueblo seguia hostilizando á las columnas de los generales Dubrai y Guillot, la que habia quedado apostada en la Plazuela de Palacio subia por la calle Mayor, haciendo fuego á los balcones, y á cuantas personas indefensas encontró durante su tránsito. La llegada de esta columna, que cruzó sus mortíferos fuegos con las que ya desembocaban por las calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo intimidó á los mas osados, y si dispersaron despues de sus inútiles esfuerzos, dejando regada la tierra con sangre inocente y preciosa. La de los ancianos y niños corrió mezclada á la de los hombres y mugeres (2), y los ayes de los moribundos se perdian

(1) Al dar su carga los mamelucos, un escaso número de albañiles que trabajaban en la iglesia del Espiritu Santo les arrojaron algunas piedras y ladrillos: no siéndoles posible detenerse por el momento, volvieron despues ciegos de ira, registraron toda la iglesia, y como no encontraron á nadie en ella, dirigieron toda su saña contra el palacio del duque de Hija, cuya puerta estaba cerrada, por haberse ido sus moradores. A sus repetidos golpes y descargas abrió el fiel y anciano portero: los mamelucos saquearon cuanto el palacio contenia, y no encontrando mas personas que el anciano ya referido tuvieron la crueldad de arcabucearlo en las tapias de Santa Catalina, en cuyas paredes se encontraron las balas cuando se derribó el convento.

(2) Como cura ecónomo de la iglesia parroquial de Santa Cruz de esta córte, certifico: que en el libro diez y siete de difuntos,

entre el estampido del cañon, el rechinar de las cureñas, los redobles de los tambores, el galope de los caballos, y el grito de guerra que alzaban los soldados de Bonaparte; mas terrible en esta ocasion que el temido ¡Hurra! de los cosacos.

Algunos espíritus fuertes contemplaban este triste cuadro sin mudar el color siquiera, y una veintena de valientes acaudillados por

al folio cincuenta y dos vuelto y siguientes, se hallan las siguientes partidas.

PRIMERA. Don Pascual Lopez, de setenta años de edad, oficial de la biblioteca del Excmo. Sr. duque de Osuna, natural de la villa de Nuévalos, en el reino de Aragon, obispado de Tarazona, y viudo de doña Manuela Rodriguez, que vivía en la calle de Leganitos, número 10. No habiendo recibido ninguno de los Santos Sacramentos, falleció de muerte violenta en las gradas de San Felipe el Real, distrito de esta parroquia, en dos de mayo de 1808. Y con licencia del señor D. Benito Arias, del consejo de S. M. y alcalde de su real casa y córte, y del señor Vicario eclesiástico de esta villa, se enterró en esta iglesia, no dió nada á la fábrica de ella, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

SEGUNDA. Un hombre, como de unos cuarenta y seis años de edad, cuyo nombre, apellido, estado y naturaleza se ignora, que se halló en la calle de San Dámaso, de muerte violenta, vestido de paño pardo, el dia dos de mayo de 1808. Y habiendo practicado judicialmente saber su nombre y naturaleza, solo se pudo saber dudosamente era capataz en el real pósito de esta villa. Y por auto del Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, del consejo de S. M. y alcalde de su real casa y córte, su fecha 3 de dicho mes y año, ante Manuel del Nuevo Martinez, su escribano, y con licencia del señor Vicario eclesiástico de esta dicha villa; se enterró en esta iglesia, y no dió á la fábrica nada: y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

TERCERA. Un hombre jóven, como de unos diez y seis años, cuyo nombre, apellido, estado y naturaleza se ignora, vestido con calzon y medias negras, sin zapatos y una capa de paño azul, falleció de muerte violenta el dia dos de mayo de 1808; cuyo ca-

Manuel, no querian volver las espaldas ante 12,000 enemigos. Sus puñales estaban tintos en la sangre de los franceses y sus robustos brazos podian manejarlos por algun tiempo. Acosados por todas partes se guarecieron en la fuente y allí rugian como leones, despreciando la intimidacion de rendirse á los extranjeros. El peligro crecia por instantes, pues las cabezas de las columnas se encontraban muy

dáver se encontró en las inmediaciones de la plazuela del Angel y calle de las Carretas, y de órden judicial y licencia del señor Vicario eclesiástico de esta villa, se enterró en esta iglesia; no dió nada á la fábrica de ella, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

CUARTA. José Gacio, de unos once años, soltero, que vivia calle de las Carretas núm. 2, natural de esta córte, hijo de Benito y de Josefa Cristóbal, todos parroquianos de esta iglesia; falleció violentamente el dia dos de mayo de 1808; y con órden judicial y licencia del señor Vicario eclesiástico de esta villa, se enterró en esta iglesia; no dió nada á la fábrica de ella, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

QUINTA. Manuel Diaz, de cincuenta años, natural de la villa de Villaseca de la Sagra, de este arzobispado, hijo de Julian y de Maria Colmenar, ya difuntos, casado con Maria de la Cruz Fernandez, parroquiano de esta iglesia, que vivia calle de la Concepcion Gerónima, núm. 16, falleció de muerte violenta en dos de mayo de 1808: no consta haya hecho disposicion alguna testamentaria; y con órden judicial y licencia del señor Vicario eclesiástico de esta villa, se enterró en esta iglesia; no dió nada á la fábrica de ella, y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

Concuerdan con su original. Santa Cruz de Madrid, dos de mayo de 1845.—Doctor D. Pedro Sainz de Baranda.

Debemos este documento y todas las demas partidas que tendremos lugar de insertar, pertenecientes á la parroquia de Santa Cruz, á la fina atencion é ilustrado celo del Sr. D. Pedro Sainz de Baranda, bibliotecario de San Isidro, miembro de la Academia de la historia y bibliotecario de la misma; siéndonos sumamente grato aprovechar esta ocasion para manifestarle nuestra gratitud y respeto.

inmediatas , marchando ya con el arma al brazo como aseguradas del triunfo, y no era ocasion de dudar : Manuel echó una investigadora ojeada sobre todos sus compañeros , y levantando su altiva frente con satisfaccion y noble orgullo , les dijo :

—Compañeros míos, he leído bien en vuestros ojos que estais resueltos á morir.

—No te has engañado, Manuel, replicaron todos á un tiempo,

—Morir por la pátria, señores, es labrarse la inmortalidad.

—Llévanos á morir.

—Si, amigos. ¿Veis esa columna que avanza por la calle de Alcalá?

—La vemos.

—Se adelanta en orden de parada como sino hubiera enemigo : como si estuviéramos yertos bajo las losas sepulcrales.

—Somos pocos y nos desprecian.

—Pues llevemos la confusion á una columna formidable , gritó Manuel con voz de trueno : y más valiente que Leonidas con los 300 espartanos se lanzó al frente de sus amigos contra los soldados franceses , que inmóviles y mudos de asombro no sabian oponer resistencia y se dejaban degollar como un rebaño de carneros.

Los aterrados oficiales fueron volviendo

poco á poco de su estupor y su sorpresa, y reconociendo como Xerjes el corto número de enemigos que diezaba el formidable ejército, tomaron sus disposiciones para defenderse y ofenderlos. Mandando varias conversiones formaron un estrecho círculo en cuyo centro combatian como furiosos javalíes el buen mozo y sus compañeros. Aunque estrechamente rodeados no querian deponer las armas, y como no podian los puñales llegar á los pechos de los soldados franceses sin traspasar antes los suyos con las aceradas bayonetas, decidieron sacrificarse, y cada uno elijió una víctima que conducir consigo á la huesa. Sin vacilar ni discurrir se lanzaron á un tiempo sobre los soldados franceses: en este momento Dolores subia por la calle del Arenal. Llegada á la puerta del Sol dirijió sus errantes miradas sobre aquellos cuerpos sangrientos y muchos de ellos mutilados, las paseó despues por los batallones franceses, y al fijarlas en la columna que ocupaba la calle de Alcalá, vió abrirse sus filas de improvisó, y aparecer un hombre ensangrentado y con un puñal en la diestra: las filas volvieron á cerrarse y el hombre desapareció. La jóven lanzó un agudo grito y precipitándose al través de aquella muralla viviente desapareció en el momento.

CAPÍTULO XXVIII.

El Parque de Artillería.

Ya hemos dicho que Luis Daoiz ocupaba el Parque, como comandante del detall y de la tropa de artillería á la sazón destacada en Madrid. Paseaba á lo largo del patio melancólico y distraído y jugaba maquinalmente con un pliego que tenia en la mano. Sus profundas meditaciones debian ocuparle enteramente, pues no percibia los gritos y golpes que resonaban en la puerta exterior del Parque. Un artillero se le acercó y le repitió varias veces. «Mi capitán» antes de lograr que le oyera....

—¿Qué quiere V? replicó Daoiz con notable desabrimiento.

—¿No oye V. los golpes y los gritos que estan dando en la puerta?

Daoiz fijó su atencion, y replicó con mas aplomo al artillero.

—Vaya V. á ver quien dá esos gritos.

—Ya lo he visto, mi capitán. Es el pueblo que pide armas.

—¿El pueblo?

—Sí, mi capitán. El pueblo se bate en todas partes, y la villa se ha convertido en sangriento campo de batalla.

La abatida frente de Luis se reanimó como por ensalmo, sus ojos negros destellaron, corrió hácia la puerta del Parque, puso su mano en el cerrojo, pero al momento de descorrerlo se acordó del pliego que estrechaba, y se alejó de ella suspirando.

La posicion de Luis Daoiz era en extremo comprometida. En el interior del edificio se hallaba una guardia francesa compuesta de un capitán, cuatro subalternos, setenta y cinco soldados y un tambor; esta guardia observaba á Luis con manifiesta desconfianza, y podia arrestarlo fácilmente, pues solo contaba Daoiz con catorce artilleros, inválidos la mayor parte. El pueblo continuaba pidiendo armas, y Luis proseguia sus paseos con la fe-

bril agitacion de un caballo de buena raza que quiere lanzarse al escape y no puede romper el freno que le lastima y le sujeta.

Velarde se habia dirigido á su oficina, situada en la calle Ancha de San Bernardo, cuando la conmocion del pueblo empezaba á manifestarse no dejando lugar á la duda. Se sentó en su mesa, que estaba próxima á la del comandante de artillería de la plaza y vocal de la junta D. José Navarro Falcon, dejando entrever desde luego la lucha interior que sostenia. Cogió una pluma, borroneó durante algun tiempo, y levantando la cabeza, como un hombre que ha meditado y toma una resolucion, dijo á Falcon.

—*Mi comandante, vamos á batirnos.*

El comandante le miró con muestra de asombro y estrañeza, y le preguntó.

—¿Está V. loco, capitan?

—No estoy loco, mi comandante. Al venir á la secretaría he visto grupos de paisanos que corren á armarse de tropel; el alzamiento es general; la sangre del pueblo va á correr, y no podemos permitir que lo degüellen los franceses. *Vamos á batirnos, mi comandante.*

—¿Qué podemos hacer, Velarde? ¿Dos hombres solos lucharemos contra el ejército francés?

—Organizaremos las masas, las daremos